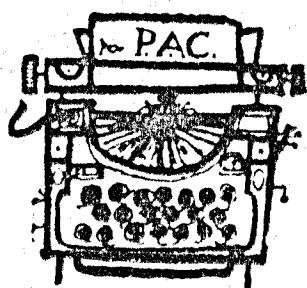


La ola
que se
retira



LA INCERTIDUMBRE: Una palabra que ha conseguido carta de ciudadanía en nuestro país. Visita en puntillas casa por casa, soledad por soledad. No se deja pronunciar en público, sí en privado. En público sería mal vista por el Poder —porque el Poder se basa en el dogma de la seguridad, en el adagio caciquista: “el que manda, manda y no se equivoca”—. El Poder duda de todos pero no permite que nadie dude de él. Por eso la incertidumbre surge en el ámbito privado. Desde la casa del Ministro hasta la casa del pequeño empleado, apenas cesa el lenguaje político, apenas se franquea la voz y se pasa al diálogo —“aquí entre nos”— brotan inmediatamente las interrogaciones: ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué es lo que viene? —Preguntas nacidas del sentimiento de inseguridad.

Porque la incertidumbre viene de abajo. De la sensación de no pisar terreno firme. Del sonido a hueco, que en política se detecta en la masa, en el pueblo que no sueña a base sino a inconformidad.

Todos captan la desconexión del “arriba” con el “abajo”. Todos sienten o presienten que se está produciendo un hecho nuevo, crítico, en nuestra historia.

Y así es. Yo creo que es la primera vez en la historia de Nicaragua que las masas han perdido sus ligas afectivas con sus guías tradicionales. En Nicaragua siempre ha existido un hombre —en uno u otro partido— que ha servido de polo de atracción —un caudillo o líder— de las masas. Eso ha bastado para que el otro partido pueda promover, anteponiéndole otro hombre, una política popular. En nuestra política tradicional (desde la Independencia hasta la muerte de Emiliano Chamorro) la masa de un partido se ha movido siempre en relación a la masa contraria. Bastaba un Caudillo en un partido para que ambas masas se enfervorizaran y se movieran en pro, o en contra, de aquel polo atractivo o repulsivo. Sin Emiliano Chamorro en frente, el viejo Somoza, que no era caudillo, nunca hubiera podido contar con masas.

Pues bien: eso ha cesado. La ola del pueblo se ha retirado de su playa histórica. Pausadamente, la marea de una indiferencia y de un hastío jamás conocidos hasta hoy, ha ido retirando a la masa. Es que se ha entronizado un nuevo tipo de cesarismo-capitalista que ya no posee aquella libido o carga afectiva sui-géneris de nuestros viejos caudillos partidistas. Es algo nuevo, y frío para la masa. Y la masa, con su poderoso volumen popular, va en retroceso, vaciando... ¿para volver, cómo?

He allí la incertidumbre.

Antes se sabía cómo volvía la ola, porque el movimiento de la marea seguía un ritmo histórico, bipartidarista, predecible.

Hoy los partidos tradicionales están escribiendo su último capítulo, desmasificados, arralados, alienados. Lo que sucede arriba ya no tiene vasos de comunicación para repercutir abajo. Antaño, aún cuando el pueblo fuera burlado una y otra vez, existía la identificación masa-líder, porque los partidos tenían vida —una vida orgánica primitiva, casi tribal— y con esa vida creaban sus líderes y caudillos. Y había además, no se puede dudar, una especie de demagogia colectiva, un contacto personal y un escalafón de contactos de pequeños caudillos unidos por muchos mitos, intereses, aventuras, pasiones y ambiciones.

Hoy en la política se ha impuesto la relación gerente-empleado. El Presidente actual es el “ejecutivo” de una empresa. Agüero, que trató de ser y pudo ser un líder —porque tuvo la mesa servida— no tuvo capacidad creadora para producir las nuevas condiciones de un liderato y fue arrastrado por la política de “cuello blanco”. Pero la masa no entiende de relaciones públicas. La masa no es oficinista sino oficinante. Y la ola se retira. La ola en sus dos dimensiones: presente y futura: popular y juvenil.

¿Cómo volverá?

¿Indicará esta evidente retirada —este silencio apático e indiferente— que lo que ha terminado es el crédito de una clase social?

Hasta ahora el caudillo era el criollo, o el mestizo de categoría social. Esa clase, sin embargo, al convertirse en clase neo-capitalista, perdió su relación con el pueblo. Antaño las haciendas y las formas mismas de trabajo y de producción —formas que subsistieron, para poner una fecha, hasta al Terremoto de Managua o hasta el viejo Somoza— fueron semilleros de caudillos. Eso ha terminado.

Fijémonos cuáles son los líderes que ahora mueren. Nada más claro que la muerte o la cárcel para indicarnos históricamente cuál es el tipo de líder que está germinando o cuáles son los campos socio-económicos que están deslindándose y donde van a surgir los nuevos líderes. Todo eso puede fracasar. Puede ser, solamente, un primer trazo que luego se corrige. Pero donde la indicación es segura es en su aspecto negativo. La corriente ya no produce mártires

ni líderes en el campo de los partidos. La corriente se dirige hacia un campo nuevo.

¿Surgirá —en vez del liderato caudillista— la operación contraria, mucho más progresista, de la revolución cooperativa o en equipo? ¿Vendrá el movimiento de reacción de la masa contra las formas personalistas y elementales de caudillaje, y la búsqueda de sus propias organiza-

ciones para verteerse y concentrarse en ellas y moverse a través de ellas?

¿Vendrá el momento creador de los grupos y de las comunidades, o surgirán de nuevo —con otros matices— las personalidades?

Las interrogaciones pueden multiplicarse. Todo depende de la imaginación o de la cultura histórica de cada cual. Pero debajo de las pre-

guntas queda la incertidumbre. Ese sentimiento de haber abandonado los caminos conocidos de nuestra historia. La soledad, la inseguridad ante lo nuevo. El paso desconfiado —o angustioso— del explorador que avanza hacia lo desconocido...